

UNA ECONOMÍA EN FUNCIÓN DE LA VIDA: UTOPIA Y SUJETO

Wim Dierckxsens

Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI) en Costa Rica

I. Ética del bien común, crisis global y ética solidaria

Hablar de la utopía no es soñar, sino anticipar como lograr una sociedad de seres humanos libres e iguales que como sujetos construyen su futuro. No se trata de una mera ilusión sino de un proyecto movilizador. Es imaginar y luchar por una sociedad donde el ser humano ya no está dominado, explotado ni rebajado a ser un mero recurso o medio en función de la acumulación misma (ver Houtart, 2002:26). Es poner la economía en función de la vida misma y no sacrificar la vida en función de la economía de mercado. Desde el punto de vista del mercado, como sistema totalizador, las exigencias de la vida humana son percibidas como distorsiones. La propia economía de mercado y su funcionamiento como sistema constituyen la finalidad y la vida humana y natural apenas un recurso para este sistema. Desde el punto de vista de los seres humanos afectados, sin embargo, la totalización de la economía de mercado aparece como distorsión de la vida humana y natural que experimentamos como vulnerabilidad ascendente. La ética del bien común se deriva del sufrimiento que experimentamos por esas distorsiones crecientes. La ética del bien común surge como consecuencia de la experiencia de sufrimiento por los afectados debido a las distorsiones cada vez más grandes que el mercado totalizado produce en la vida humana y natural. Si la economía de mercado no produjera tales distorsiones y conllevara como tendencia a un equilibrio (como suelen afirmar los economistas neoclásicos), no nos sentiríamos cada vez más vulnerables y no surgiría la ética del bien común. Bastaría la ética de mercado (ver, Hinkelammert, 2002:97-98).

La vida que experimentamos hoy en día las grandes mayorías resulta cada vez más vulnerable. Esta sensación de vulnerabilidad creciente es un indicador de la pérdida de bienestar. Una vulnerabilidad insoportable es indicador de pobreza extrema. Las inmensas mayorías

experimentamos vulnerabilidad creciente, sufrimiento que va mucho más allá de los que están por debajo de la línea de pobreza. Esto se debe al hecho de que las relaciones mercantiles totalizadas distorsionan cada vez más gravemente la vida humana y natural, generando un sufrimiento cada vez más generalizado. Este sufrimiento y esta vulnerabilidad ascendente que experimentamos indican que el sistema de mercado viola el bien común. Tal distorsión de la vida humana y natural es el resultado de la generalización del cálculo de utilidad a partir de la iniciativa privada en la economía de mercado.

Conforme el resultado de este cálculo de utilidad en el mercado sobrepase los límites de lo aguantable, se fomenta la resistencia. La experiencia de esta distorsión hace aparecer el concepto del bien común. El bien común se presenta primero como resistencia. Como, en términos de Hinkelammert, solo se puede conocer el límite de lo aguantable después de haberlo sobrepasado, la ética del bien común surge en una relación de conflicto con el sistema basado en el cálculo de utilidad. La ética del bien común opera, entonces, desde el interior de la realidad. No se trata de una ética exterior derivada de alguna esencia humana. El bien común es este proceso en el cuál se introducen valores que son enfrentados al sistema para interpelarlo, transformarlo, e intervenirlo. En esencia es una ética de la resistencia, la interpelación y la intervención (Ver, Hinkelammert, 2002:99).

La ética del bien común supone valores a los cuales tiene que ser sometido cualquier cálculo de utilidad o de interés propio. Hay valores del bien común cuya validez se constituye con anterioridad a cualquier cálculo y que desembocan en un conflicto con el cálculo de utilidad y sus resultados. El supuesto para que opere el principio del bien común es el reconocimiento de que nadie

puede vivir si no puede vivir el "otro" (ver, Hinkelammert, 2002: 97-99). Son los valores del respeto al ser humano, a la vida en todas las dimensiones incluyendo el respeto a la vida de la naturaleza. El respeto mutuo entre seres humanos, incluye el reconocimiento del ser natural que hay en todo ser humano y el reconocimiento de parte de los seres humanos hacia la naturaleza de la cual son parte. La relación mercantil, al totalizarse, produce distorsiones graves en la vida humana y en la naturaleza.

La relación mercantil totalizadora constituye una amenaza para toda la vida humana y natural. Esta conciencia de que nadie puede vivir si no puede vivir el "otro" (la otra persona, la otra raza, el otro sexo, la otra nación, la otra cultura, la naturaleza fuera de mí), esta ética solidaria se produce al interior de la realidad. Aquí tampoco se trata de una ética exterior derivada de alguna esencia humana. La experiencia vivida del "salvase quien pueda", como ética de la disputa por el reparto del mercado a escala global, no salvará a nadie, generará un sufrimiento insoportable y un sentimiento de vulnerabilidad más allá de lo aguantable para amplias mayorías. En medio de este dolor se generará una resistencia mundial que no solo deslegitimará al propio sistema, sino generará una ética solidaria: sin salvar al "otro" no habrá salvación para mí (ver, Dierckxsens, 2003: 160).

El "salvase quien pueda" se desarrolla a partir de la acumulación de capital mediante el reparto del mercado a nivel mundial. Este reparto es un proceso excluyente y a largo plazo, cuando el mercado se encuentre re-repartido, la acumulación se torna insostenible. Solo el crecimiento económico brinda, en principio, una perspectiva de acumulación a más largo plazo, como lo concluyó Keynes después de dos guerras mundiales en torno al reparto del mundo. Con la acumulación a partir del reparto del mercado existente no hay siquiera lugar para todos los capitales. Esta forma excluyente condujo a la primera guerra mundial entre las principales potencias de la época. En medio de este "salvase quien pueda" que no salvó siquiera al capital en general, surgió como respuesta radical el socialismo real.

La planificación central totalizada fue la respuesta radical a la economía de mercado. Trató de definir el bien común ya no como el resultado de la mano invisible de la economía de mercado sino a partir de la planificación centralizada de tal bien común.

Eso significa definir las prioridades para la ciudadanía pero sin que ella tenga participación en la definición de las mismas ni en la interpelación de sus resultados. La planificación centralizada es otra modalidad de sofocar la interpelación práctica. La planificación centralizada parte del supuesto de que el interés general puede ser concebido desde arriba. Esta concepción niega toda posibilidad de autodeterminación. Las masas son consideradas incapaces por si mismas de alcanzar la conciencia necesaria para la autodeterminación de su futuro. En la definición de los planes no hay espacio para una interpelación práctica y permanente de la ciudadanía. No hay espacio para ventilar y resolver conflictos de intereses. La vanguardia aparece como el "sujeto histórico". En vez de abrirse más a una interpelación para encaminar al bien común, la planificación totalizadora suprime más bien tal interpelación e imposibilita la subjetivización de las mayorías.

El reparto del mundo, sin embargo, continuó después de la primera guerra mundial. Ello conllevó a la crisis internacional de los años treinta revelando que el mercado total o el pastel mundial se estaban encogiendo. La lucha enardecida por un lugar en un mercado en contracción, desembocó en la segunda guerra mundial. El resultado contradictorio de la guerra fue el avance del bloque socialista en franca competencia con el mundo capitalista desde la crisis de los años treinta. La constitución de las Naciones Unidas puede verse como una expresión de la creciente conciencia de que sin dar lugar al "otro" no hay lugar para mí. La lectura, sin embargo, aún no es tan emancipadora. Sin lugar para el "otro" (la otra nación capitalista del centro pero no así para las naciones periféricas y menos aún los países socialistas) no hay ni lugar (posibilidad de acumulación) para la principal potencia económica (EE.UU.). Después de la segunda guerra vivimos un período de varias décadas de acumulación de capital basada en el crecimiento económico en cada nación capitalista avanzada a costa de la naturaleza y en detrimento del medio ambiente. En el mismo período se observa una desigualdad creciente entre centro y periferia y se profundiza el "salvase quien pueda" entre los dos sistemas en conflicto a través de la guerra fría. A la larga, la guerra fría asfixió y desintegró al bloque socialista que (con un PIB de la URSS equivalente al 40% del PIB de EEUU) no podía soportar el mismo gasto de defensa.

A partir de los años ochenta y sobre todo después de la caída del muro de Berlín, el neoliberalismo introduce un nuevo período de acumulación de capital basada en el reparto del mercado existente, pero esta vez a escala global. Hasta fines de los años noventa el reparto del mercado mundial fue posible a favor de las transnacionales (y el capital financiero vinculado con las mismas) ubicadas en las principales potencias y a costa del resto del mundo. Hacia fines de los años noventa las ventas de las transnacionales llegaron a representar el 50% del Producto Mundial Bruto contra un 25% dos décadas antes. La acumulación de capital, a partir del reparto del mundo (fusiones, adquisiciones, privatizaciones, sustitución de mercados nacionales por transnacionales mediante el desmantelamiento de aranceles, etc.) se agota. Con ello se agota el espacio para un re-reparto a partir de acuerdos por consenso entre las principales potencias (en la OMC, el G7, FMI, Banco Mundial, etc.).

Cuando la acumulación de capital se agota tanto por la vía del crecimiento así como por un reparto estancado, las ganancias del capital transnacional y financiero tienden a la baja. Esta situación la presenciamos entre 2000 y 2001 con el resultado de una verdadera crisis bursátil. A partir de ahí, el re-reparto del mundo adquiere un carácter más bélico que se anuncia inmediatamente después del 11 de setiembre de 2001 con la invasión en Afganistán e Irak. El segundo período de la administración Bush Jr. parece orientarse por una mano más dura aún. ¿Hasta donde podemos seguir con la estrategia de un re-reparto del mundo mediante el uso de la fuerza sin que colapse el sistema mismo? La batalla por el mercado a favor de una cultura o nación "elegida" y a como de lugar conduce inevitablemente a una recesión económica global sin precedentes. Ante una recesión global sin precedentes, el mercado internacional se contraerá. Ello implicaría un golpe mortal para el propio capital transnacional que depende más que nadie del mercado internacional. En este entorno se revelará que nadie se salvará con el "salvase quien pueda" a nivel global.

La batalla por la inclusión a costa de todos los demás e incluso a costa de la naturaleza, este "salvase quien pueda" para salvar a un poder supremo, cultura divina o nación elegida, tiende al colapso de todo el sistema de mercado donde nadie se salvará, ni el gran capital. Cuando en un futuro mucho más próximo de lo que nos imaginamos, las grandes transnacionales entren en

crisis económica profunda, se deslegitimará el control de estas empresas en beneficio último de los accionistas, es decir, en beneficio de los intereses privados y a costa de todos los demás criterios, es decir, revelándose la irresponsabilidad social. Así como a partir de la crisis de los años treinta tuvo que intervenir el Estado en muchas empresas quebradas (el ferrocarril, el correo, el teléfono, el agua, y hasta la banca en América Latina), así también habrá necesidad de una intervención a escala mundial en las empresas transnacionales.

Esta crisis del sistema va acompañada de mucho dolor entre la ciudadanía mundial. En medio de este dolor agudo y una vulnerabilidad insoportable sentidos por las grandes mayorías de la humanidad se deslegitima la ética del mercado totalizado y nace la conciencia de que nadie tendrá lugar en este mundo a menos que quepan otros mundos. La ética solidaria tiende a ser producto de este dolor y no resulta de una conciencia o sensatez anticipadas. Es en medio del dolor que surge la necesidad y posibilidad de construir una sociedad en la que el ser humano coexiste y vive como sujeto solidario. Surge la posibilidad y necesidad de construir como sujeto su propio futuro y en armonía con la naturaleza.

II. La emancipación de la humanidad

A partir de la crisis global surge la conciencia de que el ser humano no es primero que nada un individuo y luego ser social, sino ante todo un ser social, un ser corpóreo concreto que vive en sociedad antes de poder realizarse como persona. Esto es la verdadera emancipación posmoderna. La palabra emancipación se refiere a la superación de un tipo de discriminación que quedó manifiesto dentro de la igualdad contractual. Es la emancipación como liberación frente a la igualdad contractual que explota y excluye. La utopía no denota una igualdad abstracta de individuos ante la ley, el dinero o el Estado. La utopía es más bien la emancipación o superación del ser humano como individuo respecto de la igualdad abstracta y como tal, es una emancipación que declara que el ser humano no es un individuo sino ante todo un ser social, un ser corpóreo concreto que vive en sociedad (Bonefeld, 2002: 181-182).

Las luchas de emancipación durante el capitalismo hasta la fecha han significado luchas por la igualdad contractual. En la medida que se generalicen las relaciones asalariadas, las relaciones contractuales abarcan también el

espacio público. Los derechos económicos y sociales (estabilidad laboral, regulación de jornadas y salarios, educación, salud, pensiones, etc.) se derivan de las relaciones contractuales en el mercado de trabajo. La exclusión de las relaciones del mercado de trabajo implica también la supresión del derecho a esos beneficios económicos y sociales. La emancipación (como la emancipación femenina o racial) como lucha por la igualdad en las posibilidades de acceso al mercado implica una lucha por iguales derechos económicos y sociales a partir de la igualdad al acceso de contratos de trabajo. Otro paso en el proceso de emancipación es descubrir que en el interior de la igualdad contractual reaparece la dominación, que se suponía abolida con la emancipación contractual.

Se revela entonces una dominación que brota desde adentro de la igualdad contractual. Su revelación es más clara cuando, contradictoriamente, se excluyen a grandes mayorías de todo tipo de contrato. Los excluidos pierden derechos económicos y sociales. Con la exclusión progresiva también los incluidos pierden derechos económicos y sociales. Al ser más reemplazable, la conservación de la fuerza de trabajo contratada no demanda el mismo grado de conservación para el capital. Para el capital no tiene sentido educar aquella fuerza de trabajo que jamás se relacionará con el mercado ni brindarle mayor seguridad social. La exclusión progresiva aumenta los niveles de vulnerabilidad de excluidos e incluidos. Las mayorías excluidas y sin perspectiva alguna de ser incluidas ni en el corto, ni en el largo plazo, es población sobrante. No solo se ve privada de los derechos económicos y sociales, sino que esta población pierde hasta el derecho a la vida. El mercado totalizado a escala global conlleva de la exclusión progresiva, a la eliminación metódica. Con la resistencia que de ahí se deriva, aparece un sujeto que no es individuo. Como individuo me socializo a través del mercado, pero los excluidos no se vinculan con el mercado. A partir de ahí surge un sujeto solidario que tiende a organizarse para defender, en términos de Hinkelammert, su libertad, de los efectos que la libertad contractual tiene sobre el ser humano. Es la emancipación como liberación frente a la igualdad contractual.

La emancipación humana como utopía no puede ser impuesta (Bonefeld, 2002: 195). La utopía significa lograr la subjetivización mediante la autorrealización de las mayorías. Ello implica por un lado que el ser humano concreto reciba, en

principio, de acuerdo con sus necesidades y que pueda auto realizarse lo más plenamente posible. Por el otro lado, se espera que cada ser humano como ente comunitario contribuya a la sociedad como un todo, de acuerdo con su capacidad adquirida en sociedad. Este resultado obviamente no se da a priori, sino que supone la mediación e interpelación permanente entre el cálculo de utilidad y el interés general para todos. Punto de partida es que la autorrealización, es decir, llegar a ser sujeto pleno, solamente es posible en el otro y junto a él. Para llegar a esta conciencia es necesario un proceso donde el cálculo de utilidad totalizado entra en conflicto absoluto con el bien común. El cálculo de utilidad y la utilidad para todos, es decir el bien común que sobrepasa este cálculo de utilidad, no se pueden sustituir el uno al otro.

La utilidad para todos es la utilidad que está en la afirmación del otro - la conciencia de que en última instancia el otro es la humanidad y el cosmos- del cual soy parte al ser yo en el otro y el otro en mí. Al afirmar yo dicha relación, me auto realizo. Si nos dejamos llevar por las coordenadas de los intereses directos según un principio de inercia calculada, caemos en el cálculo metódico de utilidad propia de la economía de mercado. Sin embargo, tampoco podemos comportarnos siquiera sin esta relación con las coordenadas del interés general directo como sucede con la planificación centralizada. El punto de partida de la auto-realización no deja de ser egocéntrico. No puede partir de la totalidad, aunque tiene que llegar a la totalidad. El punto de partida de la economía alternativa en función de la vida es a partir la particularidad y la localidad y no a partir de la planificación central. Al descubrir que el interés particular o local choca con los intereses del bien común hay una contradicción. Esta contradicción entre intereses calculados y los intereses del bien común tiene que ser resuelta en forma constante (ver, Hinkelammert, 2002: 365, 368).

Para poder auto realizarse como persona se requiere una separación entre el contrato de trabajo y el ingreso. Los contratos de trabajo están orientados a remunerar exclusivamente aquellas personas vinculadas con el mercado. Cuanto mejor vínculo tengo con el mercado, más derechos económicos y sociales obtengo y más ciudadano soy. Cuanto más alejado me encuentro del mercado, menos derechos adquiero y más frágil mi ciudadanía. Las líneas de exclusión de los contratos de trabajo son múltiples. Mientras

los jóvenes no tengan vínculo con el mercado no cuentan, entonces, no tienen por sí mismo derechos económicos y sociales, es decir, no tienen ciudadanía por su contenido, es decir, a lo sumo son ciudadanos por la forma mientras existan ante el registro civil. Los no inscritos en el registro civil (hecho común en el Sur) no alcanzan a tener ciudadanía, ni por el contenido ni por la forma.

A partir de los contratos de trabajo y la exclusión de los mismos, los jóvenes no tienen derechos económicos y sociales como individuos, sino solo en tanto que sean dependientes de terceros que se encuentran incluidos. Es decir, los jóvenes por sí solos no tienen ciudadanía. A partir de ello se desarrolla el carácter adulto céntrico de nuestras sociedades. En tanto que la exclusión es progresiva, los jóvenes no tienen ciudadanía hoy ni mañana. Son nadie. De ahí las bandas juveniles organizadas en América Latina. Toda persona que trabaja como ama de casa se encuentra apartada de los contratos de trabajo. Como individuo no tiene vínculo contractual con el mercado. A partir de ello no tiene por sí misma derechos económicos y sociales, sino que depende de terceros, o sea, no tiene ciudadanía plena. La lucha por la igualdad de acceso a los contratos y puestos de trabajo, es una lucha por los mismos derechos económicos y sociales, es una lucha por la igualdad ante los contenidos de los contratos de trabajo, sin cuestionar aún la explotación que implica una igualdad en los contratos de trabajo.

Mientras más difícil sea el acceso al mercado (por ser jóvenes, mujeres, ancianos, personas no calificadas, indígenas, etc.) menos derechos económicos y sociales se obtiene y menos ciudadanía se adquiere. Cuantos más líneas de exclusión se juntan, más frágil mi vínculo con el mercado y más frágil mi ciudadanía. Ciudadanía plena solo se obtiene a partir de contratos de trabajo. Si hay cada vez más contratos de trabajo, habrá una tendencia a la inclusión y a la expansión de la ciudadanía. Sin embargo, si hay una tendencia a la contracción en los contratos de trabajo, como es el caso durante el neoliberalismo, hay cada vez más exclusión y pérdida de derechos económicos y sociales y en su extremo hasta la pérdida al derecho de la vida misma.

Para una economía de mercado totalizado, aquel trabajo que esté en función de la vida misma pero sin contrato de trabajo queda sin remuneración y aparece como un trabajo improductivo para la economía de mercado. En una economía de

mercado, no se deriva ningún derecho económico y social ni el derecho a la vida, de un trabajo en función de la vida propia. En una economía de mercado totalizado, gente sin contrato de trabajo es gente no solo excluida, sino gente que estorba, gente que está demás y, llevándolo a un extremo, es gente que puede ser eliminada. La economía de mercado totalizado no se orienta en función de la vida, sino que sacrifica metódicamente la vida en función de la acumulación de dinero.

La ruptura entre la obtención de un ingreso y el vínculo con el mercado es un supuesto de una economía alternativa. Solo así se pueden definir las verdaderas prioridades entre el trabajo actualmente pagado y el no pagado; entre el trabajo en el hogar o para la comunidad y el trabajo para una empresa. Con la introducción de un ingreso ciudadano, la noción del pleno empleo pierde todo significado como garante de vida. La diferencia entre trabajo pagado y no pagado como fuente de ingreso se borrará. Los derechos y deberes de los ciudadanos ya no se derivan de contratos privados en el mercado. Ya no existiría la actual diferencia entre trabajo pagado y el no pagado. Los derechos y deberes se derivan de contratos acerca de nuestros derechos y obligaciones con nuestra comunidad. Mis derechos económicos y sociales como ciudadano ya no dependen de mi vinculación con el mercado, sino de mi vínculo con la comunidad como conciudadano y de mi comunidad con la sociedad. Ciudadanía significa a su vez la obligación de los otras comunidades hacia la mía y de la mía hacia las otras en función de un bien común cada vez más general e incluyente.

Tratar de definir el bien común a partir de la planificación centralizada es partir de la totalidad, subordinando toda particularidad. De esta forma se pasa por alto a la ciudadanía para identificar el interés general de la propia ciudadanía. El resultado, inevitablemente estará en contradicción con los intereses particulares y, entonces, no puede identificarse como bien común. La definición del bien común no puede pasar por alto a la ciudadanía. La dinámica, en principio ha de partir de los intereses particulares míos y de mi localidad. Es el nivel básico de arranque en la interpelación entre interés privado y bien común. Los intereses comunes de una comunidad, sin embargo, son intereses privados para un contexto más amplio y así sucesivamente. El segundo y sucesivo nivel de interpelación implican llegar a través de un radical proceso democrático participativo a resolver conflictos permanentes

entre los intereses particulares de una comunidad con el interés general a un nivel más incluyente y no al revés. Que a partir de ahí se decida desde abajo que se requiere una planificación más centralizada para realizar contratos colectivos en beneficio de todos es un proyecto definido desde abajo y demanda las auditorías permanentes desde abajo. El bien común así se define a partir de una interpelación permanente y de manera participativa. Solo sobre esta base es posible construir un sujeto pleno o ciudadanía plena por contenido y forma a la vez.

La discusión de fondo del ingreso ciudadano no es tanto su factibilidad o no, sino el cambio de racionalidad económica que supone. Lo anterior no elimina la discusión en torno a la factibilidad financiera del ingreso ciudadano. Esta depende, evidentemente, de lo que se entiende por ingreso suficiente para adquirir los productos y servicios necesarios. Este tema está muy vinculado a la redistribución radical del ingreso a nivel nacional y mundial. La discusión está relacionada, a la vez, con la distribución entre tiempo pagado y tiempo no pagado. Mientras estas cadenas no se rompan, el factor de integración social lo seguirá siendo el contrato de trabajo. Los derechos económicos y sociales, o sea, la ciudadanía seguirá dependiendo de la vinculación de cada quien con el mercado, sea en forma directa o indirectamente. La calidad del tiempo libre seguirá estando supeditada a la calidad del tiempo de trabajo pagado. Estas cadenas no brindan posibilidades de disfrutar la vida más plenamente, ni generan mayores opciones de desarrollo personal.

La incorporación generalizada de las mujeres al mercado de trabajo, bajo el keynesianismo, resaltó la necesidad de cubrir más actividades reproductivas de la vida misma. Mientras, en la era keynesiana, disminuyó en las principales potencias la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo. A partir de ello surgió una creciente presión para depender menos directamente de los contratos de trabajo. A partir de 1948 las prestaciones sociales crecieron sin cesar, alcanzando hacia finales del siglo XX una proporción significativa del PIB. Cuando la casi totalidad de la población se vincula con el mercado, una fracción creciente del ingreso hogareño promedio en esas naciones se obtuvo con aparente independencia del contrato de trabajo. Las prestaciones, sin embargo, son derechos obtenidos a partir de la vinculación pasada o futura con ese mercado de trabajo. La concesión de un ingreso mínimo, incluso para

aquellos que nunca trabajaron en la vida, se concebía de tal manera que no se perdiese el estímulo al trabajo pagado. Todo eso funcionaba mientras la casi totalidad de la población se vinculaba con el mercado de trabajo. La situación inversa se da a partir de la pérdida de contratos de trabajo con el neoliberalismo. A partir de ello comenzó el desmantelamiento paulatino del Estado de Bienestar.

La cadena perpetua del trabajo pagado para unos y la condena a una muerte lenta pero metódica por hambre y privación de las mayorías son inherentes a la totalización de la economía de mercado. En medio de la muerte de la racionalidad vigente, sin embargo, brota la vida de una racionalidad nueva. Con el fin del neoliberalismo no es el fin del mundo lo que nos espera. Esto sería el mejor argumento para las fuerzas conservadoras. Una nueva racionalidad económica está en el horizonte. Nos encontramos en el momento muy oscuro de la noche. Es una oscuridad que da miedo. En esta oscuridad, sin embargo, ya se puede sentir un nuevo amanecer. Ya falta poco para la aurora que vislumbrar un reencuentro de la humanidad con la utopía. La historia de la humanidad revela que no hay paradigma para todos los tiempos y que más bien cada nuevo paradigma solía tener una vida más corta. El futuro de la humanidad se vislumbra a partir de las semillas que deja la racionalidad de la muerte. La utopía de una economía en función de la vida está sembrada y lo que se está muriendo es la racionalidad de la muerte.

III. Hacia una economía en función de la vida misma

Una economía alternativa en función de la vida misma requiere no solo una nueva vinculación de la economía formal con la sustantiva, sino también la supeditación de la formal a la sustantiva. En esta mirada bifocal, el norte para dirigir la política económica será el punto de vista del contenido y ya no la forma o el dinero como capital. Este punto de vista implica enfocar las políticas desde la óptica de la reproducción de la vida concreta en vez de dejarse orientar por la reproducción del dinero como capital. La riqueza social, a partir de las relaciones monetarias, se limita a una sola dimensión: la riqueza contable generada año tras año. Todo lo que no es cuantificable en dinero y todo lo que no es producción nueva, ni se cuenta y no figura como riqueza. De este modo, la riqueza por su contenido presente, se sacrifica por riqueza nueva creada

mientras sea portadora de valor y plusvalía. Solo así se concibe que crezca la economía. La economía monetaria y su crecimiento conllevarían supuestamente a un mayor bienestar.

La economía alternativa funciona con otros lentes y parte del contenido del proceso de reproducción, aunque no se torna ciega frente a la riqueza por su forma, sino subordina la última al contenido. Desde la óptica del contenido, la naturaleza es riqueza y llena de vida. En función de la vida los seres humanos realizan mucho trabajo (el doméstico, el voluntario, el pastoral, etc.) que genera riqueza, aunque la misma no adquiere expresión monetaria. La conservación de la riqueza presente es aumentar el stock de riqueza por su contenido. La riqueza como valor de uso conservado nos rodea durante más tiempo. Con ello aumenta el stock de riqueza presente, aunque su conservación no genera más riqueza en forma de dinero. Para una economía de mercado totalizado, este hecho constituye el fundamento del desprecio por la naturaleza, por el trabajo no pagado y por la conservación de la riqueza natural y material. Para la economía de mercado, la conservación de la riqueza natural o producida, no aumenta la riqueza en dinero. No se pierde nada al despilfarrarlo; más bien se vuelve a ganar dinero más rápidamente al volver a producir la casi misma cosa con velocidad cada vez mayor.

Conforme la vida natural se reproduce en forma más lenta de lo que se reproduce el capital, el colapso de la naturaleza es cuestión de tiempo. Con ello la vida humana está en juego y por ende la del propio capital. A partir de ahí se desarrolla la resistencia y se vislumbra la conservación del medio ambiente con claridad creciente como un bien común o patrimonio común de la humanidad. A partir de la acumulación del capital es imposible hablar de una economía sostenible. La acumulación de capital sacrifica más bien cada vez más vida natural y humana en función de la propia acumulación. La economía sostenible supone y requiere una economía solidaria, es decir, solidaria no solo con la naturaleza sino también con las generaciones futuras. Una economía solidaria no toma una hipoteca sobre el futuro de la vida natural y humana con la única finalidad de acumular más dinero en el corto plazo a costa de un colapso a mediano o largo plazo.

En una economía alternativa no se sacan de la naturaleza más recursos de lo que la naturaleza es capaz de reponer a largo plazo. De ahí viene el concepto de "crecimiento cero" del Club de Roma

a principios de los años setenta, aunque su enfoque fue básicamente malthusiano al promover sobre todo el control natal para evitar los desequilibrios señalados. En una economía alternativa, la velocidad de la reproducción material de la economía tiene que disminuir para ajustarse a la velocidad de la reproducción de la propia naturaleza. El consumo de los recursos naturales renovables, en otras palabras, no puede ir más de prisa de lo que la naturaleza es capaz de reponerlas. El consumo de recursos no renovables (como las tierras húmedas, las tierras agrícolas y los minerales, incluyendo el petróleo) muestra un límite aún mucho más claro (ver, McMurtry, 1999: 161-162).

La biodiversidad se encuentra en el corazón mismo de una economía orientada hacia la regulación de la propia vida natural en armonía con la vida humana. La reforestación con bosques útiles para la explotación, implican una pérdida de biodiversidad y no constituyen una alternativa. No solo sacrifica la diversidad forestal, sino sacrifica a la vez la flora y fauna que alberga. Aquella regulación económica que no se oriente por la conservación de la diversidad de la vida natural no se orienta por la vida misma. La pérdida de vida natural es pérdida de riqueza no solo para las generaciones actuales, sino también para las próximas y constituye, por lo tanto una economía no solidaria. Esta pérdida de naturaleza no se contabiliza en una economía de mercado, ni puede ser contabilizado en números. Si tuviéramos que dar un valor a los recursos no renovables, el costo de los mismos tendería al infinito. Al considerar este tipo cualitativo en la interpelación hacia la contabilidad numérica, la forma se subordina al contenido, es decir, lo contable se subordina al Bien Común.

Lo anterior implica que en una economía sustentable los recursos naturales han de ser al menos patrimonio común de los pueblos y a menudo incluso patrimonio común de toda la humanidad. El Bien Común como naturaleza no se deja expresar en números. La economía contable ha de subordinarse, entonces, a criterios no contables propios del bien común. Para lograr una economía sustentable es necesario orientar la regulación económica hacia un equilibrio entre la velocidad de la reproducción material de la economía y la de la naturaleza. Crecimiento sostenible, desde la óptica de la economía de mercado totalizado significa generación de riqueza por su forma, es decir, acumulación de capital para siempre. La acumulación capitalista a

partir de un supuesto crecimiento sostenido genera un desequilibrio creciente entre los dos procesos y toma una hipoteca creciente sobre el futuro de la vida humana y natural. El colapso de la naturaleza es cuestión de tiempo, pero entonces también son concretas la amenaza de toda la vida humana y natural. Punto de partida para una economía alternativa y sostenible es la conservación de la vida humana y natural a través del tiempo.

La generación y conservación de un óptimo estado de bienestar físico, mental y social, es decir, de la salud, es más que curar enfermos que tienen capacidad de pago o fomentar el consumismo de drogas para acumular más dinero, como suele ser concebida la salud dentro de la lógica de una economía neoliberal. En la actual economía de mercado, apenas el 1% de todos los medicamentos nuevos (generados durante el último cuarto del siglo pasado) atienden el tratamiento de las principales enfermedades de las poblaciones del Sur sin capacidad de pago. Durante el último medio siglo, la distancia entre la tasa de mortalidad infantil de los países con la tasa más alta y aquellos con la tasa más baja, pasó de 13 a 42 veces (CETRI, 2004: 9-10). La salud pública de la especie humana no genera dinero y es vista por la economía de mercado como un costo falso que no beneficia en nada al capital que por lo tanto hay que reducir al mínimo. La salud pública depende en buena medida de la salud del medio ambiente. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), sin embargo, un 33% de las enfermedades en el mundo son causadas por la degradación del medio ambiente.

No hay salud de los seres humanos sin salud de la naturaleza, es decir, sin una adecuada conservación del medio ambiente natural (ver, CETRI, 2004: 8 y 10). Una posición antropocéntrica demanda conectar los ciclos de vida de la naturaleza en general con aquellos de la vida de la especie humana misma a través del tiempo. El costo de la contaminación del agua y del aire a través de los años aumenta y adquiere un carácter irreparable. Este daño no solo contempla los efectos para las generaciones futuras de la especie humana, sino también aquellas causadas a la propia naturaleza y así otra vez a la especie humana. El consumo de energía no renovable y el deterioro de la capa de ozono, a largo plazo, causan daños irreparables al medio ambiente. Son una amenaza para la vida en general. Este costo al cuantificarlo dentro del cálculo de la utilidad tendería al infinito. Como bien común constituye un costo no cuantificable

que ha de prevalecer sobre todo cálculo de utilidad. Con el neoliberalismo, la lógica de acumulación se torna cada vez más cortoplacista y tiende hacer caso omiso a la conservación del medio ambiente. El freno a la acumulación perpetua viene, sin embargo, a partir del agotamiento de su propia racionalidad, como veremos.

IV. Hacia una economía sostenible y equitativa

Una economía en función de la vida implica una revaloración de la vida de todo lo que nos rodea. La acumulación de capital ha implicado que la vida media de los medios de producción y de los bienes de consumo duradero se ha acortado sin cesar. Comparándolo con la larga vida que gozaban los productos materiales hasta la segunda guerra mundial, la vida media de la producción material actual se acerca a cero. Es una economía de derroche y de despilfarro donde existe un menosprecio por la vida misma de las cosas así como por la naturaleza. En una economía de mercado totalizado el crecimiento se mide por la creación de la riqueza como dinero a costa de una vida media cada vez más corta de las cosas producidas y de la vida futura de la naturaleza misma.

El desarrollo en la economía de mercado se mide a partir de la acumulación de dinero y si para ello precisa acortar la vida misma de la riqueza material en general y de la naturaleza en particular, la vida de todo lo que nos rodea se acorta. El complejo industrial militar representa la máxima expresión de la racionalidad destructiva. La función única que tiene el equipo militar es destruir vida material, natural y humana. El gasto militar constituye además un costo falso. Aún cuando no se empleen los productos bélicos, su producción resta fuerza a la creación de riqueza civil futura. Ni directa ni indirectamente aumenta el bienestar material de la humanidad y por encima de ello su uso conlleva a la destrucción material, de vida humana y natural. El desarrollo del complejo industrial militar demanda mercado y con ello requiere guerras. Mientras sean otros países los que paguen por la guerra y las armas, las mismas se transforman en fuente de beneficio para el capital en el país productor de armas, pero a costa no solo de la destrucción de vida natural, material y humana, sino también de las propias economías que las pagaron.

Una economía alternativa en función de la vida misma se orienta por el contenido de la riqueza

material y no por la riqueza por su forma, o sea, como dinero. Lo que importa es conservar la riqueza presente y no la riqueza perecedera. La riqueza existente bien conservada es el criterio de bienestar y no la riqueza en dinero producida gracias a la reducción de la vida de todo lo que nos rodea. A partir de una racionalidad en función de la vida, se subraya la calidad de las cosas producidas y se torna secundario su valor en dinero. Es decir, el valor de uso de las cosas comienza a prevalecer sobre su valor de cambio. Esta propuesta alternativa al neoliberalismo se torna más realista en la medida en que ella apunta a una contradicción insoluble de la propia racionalidad económica existente. Un cambio de racionalidad no se dará a partir de ideas sensatas, sino a partir de las propias contradicciones y los mismos intentos de solucionarlas. Para poder cambiar la racionalidad económica se requiere que esta racionalidad se agote y que su agotamiento se haga visible. Veámoslo algo más de cerca.

La permanente lucha por la competencia implica poder disponer de la tecnología más nueva. Cuanto más rápidamente se deprecia la tecnología empleada, más rápidamente hay acceso a una nueva tecnología de punta. Ahora bien, al acortar la vida media de la tecnología, aumenta el costo de innovación tecnológica. Con la nueva tecnología introducida baja el costo de mano de obra, o sea, aumenta la productividad del trabajo. Mientras el incremento en el costo de la innovación tecnológica sea inferior a la disminución en el costo de la planilla, aumenta la tasa de ganancia. Al acortar la vida media de la tecnología a límites cercanos a cero (el caso del software), el aumento en el costo de innovación, sin embargo, tiende al infinito. La reducción en el costo de la planilla ya no logra compensar el aumento en el costo tecnológico conforme la vida media de la tecnología se acerque a cero. El resultado es una baja en la tasa de beneficio. Volver a aumentar la vida media de la tecnología, bajaría el volumen de ventas y con ello la masa y tasa de ganancia. No hay aparente salida para el capital, ni para delante, ni para atrás.

La sociedad capitalista ha llegado a un momento histórico en que es imposible volver a vincular la inversión con la producción en forma rentable. En otras palabras, bajo la racionalidad económica y las relaciones sociales de producción existentes, ya no es posible un mayor desarrollo de las fuerzas productivas. Esta contradicción se tornará realmente visible en el frustrado proceso de solucionarlo. El reparto del mercado mundial

existente es una forma temporal de realzar la tasa de ganancia de las empresas transnacionales y del capital financiero que se vincula con ellas. Tarde o temprano, sin embargo, el mercado mundial se encuentra repartido y se hace aún más patente la contradicción. La fuga del gran capital en las patentes en particular y en los derechos de propiedad intelectual en general refleja la necesidad de prolongar la vida media de la tecnología. El capital tiende a retirarse del ámbito productivo para vivir de la renta. Lo hace no a partir de un monopolio sobre la tierra como la clase feudal, sino a partir de un monopolio sobre el conocimiento. Esta nueva clase de rentistas que ya se vislumbra hoy en día tiende a desvincularse paulatinamente del ámbito productivo. A partir de entonces vivirá cada vez más de la renta y a expensas de la producción (caso de Mc Donalds, por ejemplo). A partir de este hecho se revela que la racionalidad económica vigente se está agotando. Es cuestión de tiempo para que pasen a la historia.

Para el futuro no hay otra salida que aumentar la vida media de los productos en general y de la tecnología en particular. Si la vida media de los productos se duplicara, por ejemplo, bajaría la demanda efectiva de los productos industriales a la mitad y así también el ingreso nacional y el empleo. Estamos ante un proceso de des- acumulación que dejaría fuera a la clase capitalista y rentista que viven exclusivamente del dinero y en función del dinero. Al duplicar la vida media de los productos industriales en el Norte, sin embargo, no disminuye el bienestar genuino. Significaría que con la mitad del ingreso y trabajo se tendrían los mismos productos pero más duraderos y más tiempo libre para realizarse como persona. Esta tendencia se acentúa aún más todavía si se deja de consumir lo superfluo y se definen las necesidades desde la propia población en función de la vida misma y menos en función de las necesidades de realización del capital. En el Norte, habrá una masa de dinero que no guarda proporción frente al producto anualmente generado. Ante una disminución a la mitad del producto nacional expresado en dinero, una nación puede prescindir de la mitad del dinero.

Para que el dinero sobrante en el Norte no pierda su capacidad adquisitiva futura, este dinero sobrante requiere fluir hacia el Sur, donde existe la única oportunidad de valorarse al relacionarlo con el ámbito productivo. En el Sur se genera riqueza real y así el dinero mantendrá su valor. Si el crecimiento económico negativo en dinero en el

Norte se ve compensado con un crecimiento económico positivo y proporcional en el Sur, el dinero del Norte transferido al Sur no perderá valor. Habrá, en otras palabras, crecimiento cero. Si el crecimiento económico negativo en el Norte va más a prisa que el crecimiento económico positivo en el Sur, habrá, en términos de dinero, crecimiento negativo a nivel mundial. Esta brecha negativa significa que el ritmo de reproducción material global pierde velocidad y se acerca paulatinamente a la velocidad de reproducción de la naturaleza. La transferencia de dinero del Norte hacia el Sur se torna en interés propio del Norte y mientras más velozmente se alarga la vida media de la riqueza en el Norte, no solo es posible un desarrollo veloz en el Sur, sino también un mejor equilibrio entre la vida humana y la vida natural.

A partir de lo anterior es posible hablar de la condonación masiva de la deuda externa del Sur; es posible montar un sistema de tributación mundial que realice transferencias netas de Norte a Sur sin contrapartida alguna. Con una tasa de crecimiento cero a nivel mundial es posible

concebir una tasa de interés cero y con un crecimiento negativo de la economía en términos de dinero en el Norte es posible que los intereses de Norte a Sur se tornen negativos. ¡Te debo porque no te di lo suficiente! Poder vivir de la renta y de la acumulación, a partir de entonces, es cosa del pasado. La burguesía como burguesía desaparece. La renta en dinero a partir de un monopolio sobre el conocimiento a partir de patentes, dará frutos negativos. Un monopolio sobre el conocimiento como fuente de ingreso monetario pierde toda utilidad cuando las utilidades en dinero se tornan negativas. El conocimiento puede tornarse patrimonio común de la humanidad. Nace la conciencia que vivimos en una sola sociedad planetaria con una ética solidaria. El interés común se sobrepone al interés privado y no al revés. Estamos ante una emancipación humana. Nacerá la conciencia que solo podemos desenvolvernos como individuos gracias al "otro" y gracias a la naturaleza por vivir en sociedad y no al revés. La racionalidad moderna llegó a su fin.

Bibliografía

- Bonefeld Werner, 2003. "Estado, revolución y autodeterminación"; en Bonefeld Werner y Tischler Sergio, A cien años del ¿Qué Hacer?, Ed. Herramienta, Buenos Aires, pp 181-212.
- CETRI, 2004. "Les obstacles à la santé pour tous"; en Alternatives Sud Vol. 11-2004/2 ; pp 7-40.
- Dierckxsens Wim, 2003. El ocaso del capitalismo y la utopía reencontrada, Ed, Desde Abajo Bogotá, Colombia.
- Dierckxsens Wim y Tablada Carlos, 2003. Guerra global, resistencia mundial y alternativas. Ed. Ciencias Sociales, La Habana, Cuba.
- Hinkelammert, Franz, 2002. El retorno del sujeto reprimido; Ed. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.
- Houtart François, 2002. "Alternativas posibles al capitalismo", en CETRI y Desde Abajo Alternativas Sur, Vol. 1(2002) No 1; pp 17-34.
- Mc Murtry, 1999. The cancer stage of capitalism. Pluto press. Londres, Reino Unido.